

de los conocimientos teóricos. Gustábase ese estudio que le hacía conocer de una manera mas evidente las leyes en virtud de las cuales se enlazan unos con otros los fenómenos económicos. Complaciase en prever, mediante las indicaciones de la ciencia, los acontecimientos que debían nacer de una situación dada, i felicitábase de ver que la ciencia no le engañaba. "Puedo asegurar, escribia al principio de su libro, que en siete años que estoi estudiando con este propósito, los principios de la ciencia no han sido desmentidos una sola vez por los hechos que se han desarrollado a mi vista, i que mi fé en la ciencia no ha vacilado un instante. Muchas veces en el curso de mis investigaciones, he visto manifestarse en los fenómenos que examinaba, las deducciones a que me conducía la luz de los principios. Gracias al metodo científico, he adquirido mas facilidad para circunscribir mis estudios dentro de los límites del verdadero campo de observacion, ahorrando así mucho tiempo i no pocas divagaciones inútiles."

El libro que anunciamos está lleno de esos estudios sencillos i de un grande interés para el país en que han sido publicados. Refiérense a una multitud de materias diversas de las cuales basta indicar las principales para apreciar su importancia:—la inmigracion europea, la Quinta Normal de Agricultura, la esportacion de moneda i la crisis comercial, las máquinas i los artesanos de Valparaíso, de los billetes de banco, del uso del crédito, el Estado de las reformas, la beneficencia i la mendicidad, las rifas, del desarrollo de las fuerzas productivas de Chile, la crisis comercial i sus causas indicadas por la estadística, la libre esportacion de los cobres como medio de proteger el carbon nacional.—Ademas, todos los años daba una revista jeneral de los hechos económicos.

Tales son estos estudios, interesantes para Chile, cuya historia contemporánea le refieren. Para el extranjero tienen menos interés. Ellos no pueden picar la curiosidad sinó bajo el punto de vista del desarrollo progresivo de las fuerzas de su autor, cuyo talento iba madurando con los años. Son el humilde i modesto monumentos de una vida dedicada a la ciencia i a su propagacion, de una alma buena i recta que ha desaparecido del mundo demasiado temprano, i que deja a cuantos la conocieron, indelebles recuerdos.

LITERATURA DE LOS ESTADOS-UNIDOS DE NORTE-AMÉRICA.—*Rápida ojeada sobre ella, por F. C. Zagarra, en 1863.*

Heredando las costumbres, las preocupaciones, el lenguaje i relijion de los ingleses, casi nos parece imposible que los anglo-americanos tengan ya una literatura nacional.

En efecto, no la tienen todavía, pues, aunque mucho es lo que se ha hecho sobre el desarrollo de una literatura puramente nacional, confesamos

que hasta ahora, muy pocas esperanzas tenemos de que se realice este brillante deseo. Mientras Inglaterra i los Estados-Unidos posean un mismo idioma, mientras que el entendimiento humano progrese con la misma velocidad de ambas partes, ambas poseerán una literatura comun, i recibirán los beneficios de sus trabajos mutuos. Las suaves melodías de Wordsworth nos placen tanto a las orillas del Delaware, como entre las montañas i lagos de Westmoreland, i las "voces nocturnas" de Longfellow respiran un aire tan tierno i seductivo, cuando su eco resuena sobre las rocas de Devon, como cuando se cantan a lo lejos por entre los bosques sombríos de New-England. La literatura de un país es jeneralmente el mejor criterio de sus gustos i opiniones, de su carácter e ilustracion; i juzgando por este medio, dudariamos de los progresos de la sociedad americana, porque no vemos nada en su literatura que difiera materialmente de la de los ingleses. Pero esto no prueba sino las íntimas relaciones que existen entre las dos naciones, que ni el tiempo ni la distancia han podido destruir. Como hemos dicho, ambas tienen una descendencia comun, hablan un lenguaje comun, i se vanaglorian de una misma literatura. El americano siente tanto orgullo como el inglés, cuando se alaba el poderoso talento de Shakespeare i Milton, o los gigantescos conocimientos filosóficos de Bacon i Locke.

Así pues, no es propiamente de la literatura nacional de los Estados-Unidos de lo que me propongo tratar, sino mas bien del desarrollo de la literatura inglesa en América. No vamos a analizar las propiedades, o a describir los fenómenos de una planta ya conocida, sino a observar los cambios que ha sufrido en su trasformacion del terreno casi exhausto de Inglaterra, al fértil suelo americano.

La literatura americana se puede dividir en tres periodos. La era colonial desde el descubrimiento de América hasta 1775; la época revolucionaria desde éste, hasta 1800; i últimamente, los sesenta i tres años que han transcurrido desde aquel tiempo hasta nuestros días. Trataremos de estas tres divisiones en su orden.

En primer lugar, pues, la era colonial. Ya sabemos que la mayor parte de los emigrantes ingleses, resolvian dejar el suelo natal, para poder adorar a Dios segun su conciencia se lo dictara i la esperanza de estar al abrigo de las crueles persecuciones de los fanáticos ingleses, suavizaba algun tanto la pena dura, que sufrían al dejar su hogar, su familia i su patria. Pero no se realizó del todo esta esperanza; a medida que las diferentes sectas abandonaban las playas del Viejo Mundo, para habitar los bosques del Nieveo, el espíritu de discordia i alteracion se suscitaba en las colonias, i se inauguraban las disputas religiosas en todo su furor i falta de tolerancia. De aquí nacia la literatura de este tiempo. Con escepcion de algunos vates estravagantes que escribian versos sin cuidarse de implorar la ayuda de Minerva, todos los escritores eran teólogos i metafísicos. Estos formaban un gran

galanje de hombres inteligentes i observadores. Las producciones de este periodo muestran falta de pulidez pero tienen una estupenda fuerza lógica, i generalmente una elocuencia de primer orden.

Roger Williams, Cotton Hooker, los Mathers, Blair Colden i Jonathan Edwards sobresalieron por su erudicion científica, por sus escritos filosóficos, i por el celo laudable con que ayudaron al establecimiento de escuelas populares. El ilustre Franklin es el vínculo de union entre esta época i la que sigue i apenas creo necesario el trazar los muchos e incalculables beneficios que confirió a la raza humana. La piedrezuela que yo pudiera arrojar, no aumentaria el gran monumento de su fama; dejaré, pues, a los relámpagos i a los truenos que eternicen el nombre de Franklin, i el filántropo, el filósofo, el patriota.

Hemos llegado al segundo periodo. La era revolucionaria la inaugura la memorable batalla de Lexington, donde se derramó la primera gota de sangre, en vindicacion de la libertad i de la independencia. Iniciado por los trabajos lejislativos de Otis, Dickinson, Jefferson i Joy, le cupo la gloria de ser finalizado por las hábiles producciones de Hamilton, Madison i Adams. Pero no se crea por esto, que las obras literarias de este tiempo se redujeron a la discusion de cuestiones políticas i principios constitucionales. Francisco Hopkinson tambien floreció en estos años, i mientras que los argumentos i elocuencia de Dickinson i Adams nos convencen de la necesidad de la verdad, Hopkinson con su chistosa sátira, nos la hace amar por sus bellezas.

Una gran parte de la literatura de la revolucion, consiste en canciones o baladas, bien tiernas, o bien chistosas, que los patriotas escribian, para dar expresion a sus esperanzas o para burlarse de las ridiculeces de los "Tories" o partidarios del rei. Así es que encontramos odas de Washington, despedidas de guerreros a sus queridas, episodios chistosos de varias batallas ardientes descripciones de la poca nobleza i cobardía de los ingleses. Juan Trumbull i Lemuel Hopkins, fueron los que mas se distinguieron en esta poesia aguda. El primero escribió un poema épico bajo el título de *Macfingal* en el que se burla de los oficiales ingleses con un tacto i una habilidad que harian honor a un Quevedo. Nada se le escapa, i el mas leve defecto, la falta mas trivial, nos parecen monstruosos crímenes, cuando los vemos al travez del prisma de su sátira mordaz.

Isabel Ferguson, entre otros trabajos, hizo una traduccion del Telémaco, en verso asonante.

Muchos polílicos florecieron en este periodo, i casi todos eran firmes, patriotas, hábiles horadares i lejisladores sábios. Alejandro Hamilton, el brazo derecho de Washington, tanto en la paz como en la guerra; Gouverneur Morris el célebre diplomático; el doctor Rush, no menos inteligente en los consejos de su patria, que al lado del inválido; James Madison, escritor en

el *Federalist* i despues presidente de los Estados-Unidos, i en fin, el *justus et tenax propositi* vivió el elocuente Fisher Ames, todos fueron los campeones que defendían con la pluma i la espada los derechos de la jóven Colombia.

Aun no hemos nombrado todos los escritores distinguidos. El gramático Lindley Murray, el autor mas claro que haya anatomizado el lenguaje ingles, escribió su obra en esta época. La revolucion encontró un fiel i competente historiador en David Ramsay, i el héroe, el ciudadano, el hijo de América tuvo la gran fortuna de que uno de sus amigos Jonh Marshall profundo jurista describiera las escenas de su vida; en efecto la *Vida de Washington* por Maashall es una obra que se halla en toda librería americana, i que se aprecia mucho por los hijos del país.

Por último, no olvidaremos a Noah Webster, autor de un *Diccionario ingles* que se considera como autoridad, si puede haber tal cosa en el lenguaje tal como el ingles.

Entramos ahora en el tercero i último período de la literatura americana. Las producciones literarias de los americanos de este tiempo, principian a dar muestrs de pulidez, i ya se conoce que comienzan a entregarse al estudio de los modelos ingleses. Esto era de esperarse. Despues de una guerra de ocho años de duracion, cuando las buenas relaciones con Inglaterra se habian restablecido, los americanos principiaron a viajar, i el primer país que visitaban era jeneralmente la Inglaterra. Ahí encontraban los mejores guías, tanto al tratar en las ciencias como en las bellas letras; natural era pues, que los imitaran. El poeta americano tiene tanta dulzura, i amolda el verso con tanta facilidad como Pope; el orador posee todo el fuego i penetracion de Burke; i el lejislador no cede, en claridad i soltura, el primer lugar a Blackstone. Como la necesidad de las disputas relijiosas ya no existe, a causa de la tolerancia de cultos, los escritores de este siglo apenas tocan este punto, i el resultado es. que la poesía, las ciencia i la oratoria. se cultivan con asiduidad, i se producen obras que harian honor a cualquier país. En América sucede lo contrario de lo que se ve en Inglaterra. En este último país, tenemos que remontarnos hasta los antiguos, si queremos encontrar las obras maestras de su literatura; tenemos que leer a Shakespeare, que conocera Milton: en América es necesario buscar estos escritores insignes, entre los que florecieron i florecen en el siglo XIX; tendrémolos que admirar a Prescott, que leer a Webster, que gozar de las bellezas de Bryant i Longfellow.

Esta época es abundante en toda clase de literatura, oradores, poetas, lejisladores, novelistas, publicistas, todos están bien representados en los anales de la literatura americana de este siglo.

Principiando, pues, por los oradores. Mr. Webster ocupa el primer lugar. La continua aplicacion al estudio desde mui tierna edad, i el buen éxito que siempre obtenia, fueron las primeras pruebas que dió Daniel Webster de su

extraordinario talento. La elocuencia de este distinguido orador, es de un carácter épico mas bien que dramático o lírico. Es de tal especie, que nos eleva de escenas terrenales a rejiones etéreas, sin que podamos resistir su influencia; en una palabra, es sublime.

Lonjino observa que la sublimidad es bastante por sí sola, para excusar la exclusion de todas las otras bellezas; i siguiendo esta máxima, Mr. Webster nunca busca la ayuda de ornamentos ostentosos, por mas atractivos que sean, contentándose con reducir las proposiciones que va ademostrar, a los límites estrictos de la lógica.

Pero no se crea por esto que desecha todo ornamento; al contrario, aquí consiste su principal mérito, que a la pureza i precision de Demóstenes, él une la delicadeza i difusion de Marco Tulio. Sobre todo, es admirable el arte con que conserva su dignidad hasta el fin de su discurso, i el poder i la facilidad con que forma sus felices ilustraciones. Usando las palabras como los medios i no como el objeto, el lenguaje en las manos de Webster es el instrumento, su conviccion es la obra, i mui bien que la desempeña siempre.

De otro tipo era la elocuencia de Henry Clay, a cuyo nombre todo corazon americano debe sentir las dulces emociones de gratitud. Hábil i erudito abogado, no le faltaba aquel tacto poderoso jeneralmente, i aun mas que el talento natural. Su elocuencia era mas atractiva, si no era mas poderosa que la de Mr. Webster, este último orador, nos muestra la verdad como lo es en sí, sin ningun atractivo, i por la fuerza de sus razones, nos la hace adoptar, mal que nos pese; Mr. Clay, al contrario, esconde cada espina con una rosa, i despues de mil cortesías i palabras cariñosas, nos la hace embrazar con gusto i satisfaccion. Mr. Webster es médico que con palabras frias nos demuestra a nuestra entera satisfaccion, pero mui contra nuestro deseo, que si no tomamos la amarga dósís sucumbiremos; Mr. Clay, es la cariñosa madre, que con amante anhelo disminuye en cuanto le es posible, el sabor desagradable de la temida pocion, i ejercita su injenuidad en preparar medios para hacérnosla beber. Mr. Webster, es una de aquellas selvas salvajes de América imponente, porque es natural; Mr. Clay, es un lindo prado, elegante por el arte, e igualmente influyente, por las emociones suaves que despierta en nuestro corazon. Mr. Webster, usa su mera fuerza para vencer; Mr. Clay, llama a la astucia en su auxilio, para llegar al mismo fin.

Mr. Webster es Hércules, Mr. Clay, Ulises. Ambos, patriotas fieles, llenos de ardor en la defensa del oprimido, i de entusiasmo en vindicar la libertad, han levantado la voz ámbos contra la tiranía; no importaba que el monstruo levantara la cabeza entre las fértiles viñas del Pindo, o entre las escenas seductoras de la rejion del Cóndor: estos oradores célebres estaban siempre preparados para hacerle la guerra. En el uno la

Grecia encontró un poderoso campeón, i las repúblicas de América del Sur debe el reconocimiento de su independencia por los Estados-Unidos a la habilidad i a los esfuerzos de Henry Clay.

Mr. Calhoun es otro orador distinguido: puro i sincero en sus resoluciones; ha sido estimado entre sus compatriotas, i ha desempeñado fielmente su deber en los altos empleos que ha ejercido en el gobierno. Como senador, ha tenido ocasion de desplegar su elocuencia; eléctrica i tempestuosa, destruyendo los argumentos de sus adversarios, como el huracan destroza la débil caña, incapaz de resistencia.

Existe todavía Mr. Edward Everett, el último en nuestra lista de oradores. Gran viajero, hábil jurista, consumado político, Mr. Everett, posee todas las ventajas de una espléndida educacion i vastos conocimientos. Sin embargo, le falta la cualidad esencial del orador, la facultad de persuadir. Demasiado aficionado a ornamentos, i abundando en ilustraciones, jamas tienen la fuerza de Webster, i pocas veces iguala a Clay. A. Everett se le puede leer en el gabinete: entónces nos gusta; conocemos al erudito, pulido i lleno de gracias en su diction: lo consideramos como un íntimo amigo, nunca lo podemos respetar como orador; aunque siempre nos agrada, jamas nos persuade.

La poesía, léjos de haberse descuidado, en esta época de la literatura americana, ha adelantado con una rapidez sorprendente, i si hai algun departamento en la historia literaria de los Estados-Unidos, que se pueda llamar *nacional*, sin duda que es el de la poesía. Una de las causas a que yo atribuyo este rápido adelanto, es a los pocos críticos americanos que ha habido; pues teniendo las poesías americanas, muchas veces, que ir a Inglaterra, en ese pais encontraban críticos mordaces, que anatomizaban las producciones de América con tosca mano, que se creía con derecho a desplegar sus talentos para el sarcasmo i la ironía, cada vez que encontraban o creían encontrar una falta. Esto hacia que los poetas de los Estados-Unidos pulieran mas sus composiciones i que estudiaran con aplicacion los grandes maestros, porque naturalmente sentian un justo orgullo en sobrepasar a los poetas de la vieja Albion.

El primer lugar entre los poetas americanos, lo ocupa W. E. Bryant. Nacido en Massachusetts, este poeta, desde mui tierna edad, dió pruebas de su elevado talento. Inspirado del cielo Bryant, jóven aun, pulsó el plectro divino con mano diestra i atrevida, i cantó las delicias i primores que le ofrecia la naturaleza. Fiel en sus descripciones, i gran filósofo, se distingue por el sentimiento i pureza de sus composiciones, abundando en muchas de ellas, raptos de ardoroso entusiasmo, la mas alta moralidad i los pensamientos mas sublimes.

Enrique W. Longfellow siguen a Bryant. La facilidad en adaptar las palabras a sus ideas, el tacto fino i sutil con que se apropia los pensamien-

tos ajenos, la soltura i cadencia de sus versos, le han adquirido el primer grado como artista. Sus poesías suaves, melodiosas i destituidas de toda pasión vehemente, respiran ternura i pura afección. También se ha distinguido Mr. Longfellow por unas bellísimas traducciones que ha hecho del español, entre otras, la de las coplas de Manrique.

Maestro de una filosofía elevada, Ricardo H. Dana ha producido varias obras poéticas, inferiores apenas a las de Bryant. El mas largo i el que mas se conoce, entre sus poemas, es el *Bucaneer* en que pinta con colores muy vivos, las mas violentas i negras pasiones del hombre.

El melodioso Halleck, gran conocedor de las reglas del arte, entiende perfectamente como variar la monotonía del verso: aunque siempre es dulce, jamás es monótono, pues sabe él muy bien, cuales son los obstáculos, que hacen musical la corriente del riachuelo.

Poe i Willis, ocupan un lugar muy respetable entre los literatos de su país. El primero, ingenioso i de una imaginación vigorosa, es el pintor, tanto en su prosa como en sus poesías, de lo horroroso i terrible. Sus obras, generalmente, tienen un aire de desesperación que bien lo asemejan a lord Byron. La afinidad que existe entre el metro i las ideas, i la claridad i afluencia de su estilo, son caracteres bien marcados en las composiciones de Poe.

Profundo conocedor de los principios de la sociedad. Mr. Willis, pinta en un estilo suave i puro, las mas tiernas pasiones del alma. Como poeta dramático, Mr. Willis ha gozado de una reputación muy elevada entre sus compatriotas, i sus obras serán siempre muy bien acogidas por la sociedad.

Percival, Saxe, el artista Allston i Mr. Sigourney, también han obtenido un alto lugar en el Parnaso americano, ni nos debemos olvidar tampoco del doctor Holmes.

Varios nombres ornán los anales de la jurisprudencia americana de este siglo. Wirt i Story; Mr. Kent se hizo célebre por sus comentarios de las leyes de su patria, así como el juez Story se dió a conocer por sus interpretaciones de la Constitución.

De los novelistas, Cooper es el jefe, Walter Scott de América; i su principal mérito, consiste en el modo peculiar con que arregla sus materiales. Nos sorprende su poder vasto i maestría con que retrata a héroes tan distinguidos; el marino, el soldado revolucionario, el indio, el aventurero del Oeste, el pirata, todos están delineados con una habilidad digna del gran novelista escocés. Después de Cooper, Kennedy i Paalting son los que han tenido mas éxito en este género de composición.

Audubon, el célebre naturalista, escribió en este tiempo sus bellas descripciones de los pájaros de América, i a este tiempo pertenece también el fantástico Mr. Hawthorne, célebres discípulos, del gran De la Motte Fouqué.

Pasemos ahora a considerar un departamento mas importante de la literatura: el de la historia. El primer gran escritor que encontramos es W. H. Prescott el historiador de ambos hemisferios, tan distinguido entre nosotros como entre los ingleses por su *Méjico, Perú, Fernando e Isabel*, i lo que juzgamos ser su obra maestra—su crónica del reinado de Felipe II que desgraciadamente dejó sin concluir. Con una industria singular, Prescott, examina toda clase de datos relativos a su obra, i profundo i sagaz, da su fallo entre autoridades contradictorias, echando a un lado todo suceso improbable. El juicio que forma de los personajes que describe, es siempre moderado, claro i justo, entrando con ardor en el espíritu de la época que está delineado a pesar de los favoritismos modernos con que está rodeado. No hai duda que la *Conquista de Méjico* es su obra mas popular. Sobre esta obra una revista inglesa hace la justa observacion, que, si la consideramos como una novela, no sufriria nada, ni en su interes ni ejecucion, si la comparamos con los mejores romances del lenguaje.

El brillante i comprensivo ensayo sobre la civilizacion Azteca, que da principio a la obra, no es ménos interesante que el drama grandioso a que sirve de prólogo. El paisaje que Mr. Prescott nos dibuja con una viveza i fidelidad extraordinaria, aparece siempre sorprendente, bello i peculiar. Los personajes están bien delineados, i no son demasiado numerosos para los objetos de arte. El mismo Cortés es un caballero andante “imbuido del espíritu de aventura” i sin embargo, un hábil jeneral, abundante en recursos i de una enerjia casi sobrehumana, de una astucia singular, pero sin rectitud en sus juicios; un fanático sin simpatía por la virtud, de maneras finas, pero sin remordimiento por sus crueldades. Sus compañeros Velasquez, Ordaz, Sandoval, Alvarado, el padre Olmedo, la heroína doña Marina i otros personajes de quien obtenemos ojeadas mas o menos frecuentes, nos parecen haber sido formados a capricho del escritor, para hacer mas interesante su narrativa. ¿Quién puede jamás olvidar esos grupos interesantísimos, en los que vemos al real filósofo de Tezcuco, i Motezuma cuyas tiernas i plácidas facciones dibujadas por la mano maestra de Prescott, exitan compasion por su desgracia? ¿Qué contraste ofrece el carácter de los conquistadores al del último emperador Guatimozin i al de los demas Aztecas? Quizás Mr. Prescott se excede en descripciones, pero sus composiciones históricas combinan casi todos los méritos de que son susceptibles tales trabajos.

Después de Mr. Prescott encontramos a Mr. Bancroft, historiador de su pais; i por último, pero no por eso ménos distinguido, resplandece Washington Irving, el moderno cronista de Granada.

De estos tres grandes historiadores Mr. Prescott acaso posee menos de esas cualidades características, que se pueden considerar como mar-

cas peculiares de nuestro siglo. La estructura jeneral de su estilo, se asemeja al mejor del último siglo, aunque cada una de sus sentencias muestra ese buen gusto que solo se adquiere, despues de un profundo estudio de los mejores modelos. En sus obras todo es natural i suave, como si estuviera dando libremente, lo que libremente ha recibido. Se le podrá echar de ménos la enerjía, jamas la caridad; no abunda en epítetos, pero los que usa son bellos i propios. Sus sentencias no son de aquellas ardientes, que parecen consumir el papel en que están trazadas, ni tampoco de aquellas tan comunes entre los escritores inferiores, que parecen haber sido disparadas, como la flecha del arco, para dejar en el oido el incesable retintin de cordel.

Prescott, al contrario, espresa sus ideas con una dignidad que las hace imprimir en el entendimiento del lector, como un recuerdo agradable, que sirve de placer duradero.

Lo opuesto a Prescott, es Mr. Bancroft. Su estilo es un mosaico brillante i elaborado, en el cual han sido combinados con profusa mano, una erudicion estensa i profunda, unida a una gran esperiencia. Bancroft, evidentemente ha estudiado con anhelo el arte de escribir; sus sentencias son amoldadas i moduladas con incansable ansiedad. Afecta una brevedad sentenciosa i las formas del pensamiento abstracto. Sus períodos son dirigidos al oido tanto o mas que a la vista. Nunca se cansa de tocar i retocar, así es que siempre nos acordamos del trabajo que ha costado la produccion, i nunca contemplamos la obra sin acordarnos del artista.

En el estilo de Irving, hai ménos del siglo XIX que en el de Mr. Bancroft, mas que en el de Mr. Prescott. El lenguaje de Mr. Irving es el mas puro, usando él mui pocas palabras que Addison o Goldsmith no hubieran usado. Entiende mui bien este escritor, la eficacia de una palabra bien colocada, i la nitidad de sus bosquejos deben su hermosura a este talento peculiar. Todo es claro i distinto en sus períodos; que son las fieles imágenes de sus pensamientos. Con una imaginacion sin igual, i un gusto refinado. Mr. Irving, ha sabido dar un esmalte precioso a los violentos sucesos de la Conquista de Granada, i ha delineado al feroz moro, i al orgulloso castellano con pinceladas tan diestras, que si no lo hacen superar a Prescott, al menos lo hacen igualarlo.

Hé aqui la rápida ojeada que nos proponiamos dar a la literatura americana. Nos hemos estendido algo, al tratar de los escritores modernos, quizá mas de lo que era prudente, pero esto no fué para satisfacer un capricho nuestro; queremos hacer nacer en el jóven americano un deseo de revisar las obras de que hemos hablado. Queremos que nuestros compatriotas juzguen por sí mismos; que se deleiten con Prescott, que gocen con Irving, i en fin, que se aprovechen de las riquezas de una literatura, que aunque jóven, no es sin embargo despreciable.